

BARRIO DE TIRADORES

PREGÓN DE FIESTAS 2006

Ilustrísimas autoridades, queridos hermanos del Santísimo Cristo del Amparo.

Reina y Damas de esa Bella Corte de Honor.

Cabildo de Santa Catalina del Monte Sinaí.

Señor párroco, amigo de siempre, D. Francisco Bermejo.

Junta directiva de esta Asociación vecinal y Festeros mayores del Barrio.

Vecinos de Tiradores Bajos, Puerta de Valencia, amigos aquí llegados.

Señoras y Señores.

Aquí vives y aquí sueñas,

Cristo exaltado y encarnecido,

bajo el cielo azul de tu quimera.

Y en el Amparo de tu cobijo,

Cristo sentido más, fiel y amado,

mira tu gente, mira tu estrado.

iOhi bella imagen

iOhi santo Cristo

rinde este culto y vive tu barrio,

siente tus fiestas, bendice el mayo.

Cuenca es un roquedal mesopotámico y desde el aire, Cuenca es como un grito de piedra arrastrado por las aguas; es como un himen calcáreo entre las hoces del Júcar y, esencialmente del Huécar, nuestro río a pie de barrio.

La Cuenca musulmana nacida en los albores del siglo IX, la que algunos llamaban Kunka creció arriba y se estiró como una serpiente urbana hacia abajo, buscando la llanura, con esas tres murallas escalonadas desde la Puerta de Valencia sobre el río Huécar hasta la de San Juan en lo alto de la ribera del Júcar.

Esta ciudad, inexpugnable en tiempos de guerra, se asoma hacia nuestra hoz del Huécar y en este paisaje parece colgada de las rocas; casas en equilibrio constante, de una verticalidad rotunda hasta llegar a los aledaños de un barrio nacido extramuros para buscar el cobijo de aquellas gentes más pobres cuya humildad le diese solera de orgullo: Barrio de Tiradores, tal vez, más bien barrio de nuestro Cristo del Amparo.

Pregonar es fácil, casi exclusivo del canto alegre, del vivo entuerto, del trazo histórico, del rico verso. Pregonar al hilo, tal vez, con fácil prosa es ese encanto de aquellos que a bien tuvieron ser elegidos por pregoneros. Yo así me tengo, después de tantas voces en letra y cuento por tantos pueblos, en San Mateo, por San Julián, San José Obrero ahora me llega ser aquí vuestro Vocero y entre tantos que a bien tuvieron el precederme, ilustres cantores de buena pluma, me siento halagado de tanto precio, ser elegido, ser el afortunado de abrir una Fiesta que a bien tuve ser muy honrado.

Quizás la historia escrita tiene razón o quizás la historia lo que nos cuenta nos induce a pensar en realidades contrapuestas más que sentidas, lo cierto es que, nos da igual que aquí, hace siglos llegasen aquellos judíos expulsados de Mangana, barrio de un Alcázar solemne entonces, por rencillas y disturbios sociales creyendo los corregidores que en extramuros tendrían mayor gozo y que, tal vez un poco después, aquellos moriscos, herederos de moros en tiempos medievales, también se les diese hogar cerca del Huécar en barrio de Tintes, al trajinar con sus mulas entre el comercio y la lana, base de una economía por entonces, productiva en bellos telares y alfombras. Y, digo que nos da igual, porque lo que aquí se crea es un barrio bello, de gentes humildes, quizás inmersos en pobreza material pero de gran riqueza espiritual y humana, que recrearán su alma al amparo de ese Cerro del Socorro, bajo la bendición de su Cristo, crucificado, solemne y elevado por sus querubines alados que le hacen dueño de uno de los barrios más singulares de toda una ciudad encantada.

Nació en la plenitud del ocaso, entre un siglo abocado al sentimiento y una etapa de profundo fervor religioso. Sobre una sinagoga, quizás pequeña mezquita, nace una ermita, iglesia más tarde y un poco más allá, al otro lado del río, habita Santa Catalina llegada desde ese Monte de Sinaí con la palma en mano allá por el XVI en profundas letanías cantadas, mientras acá, al lado del barrio duermen enterrados muchos ilustres de Cuenca, herederos de judíos, moros y cristianos que hacen de este lugar universal refugio de la honradez y de la honestidad, cerca de aquellos ajusticiados que sacrificaron su espíritu al compás de los sauces del Huécar, bajo la bendición de esos barrios de San Gil, San Martín y Santa Cruz.

Este es vuestro barrio, Tiradores, que ha sabido nacer bajo el olor de la salvia, rozando la historia amurallada de esa Puerta de Valencia, junto a las Concepcionistas, bello convento de la concepción franciscana fundado en 1504, para luego elevarse al compás del incienso de su Cristo hacia las nubes en calles escalonadas y llenas de luces que le entonan ese adusto símbolo de un belén viviente, pasando de Bajos a Altos con la misma bendición de su Cristo que sigue amparando a quienes aquí viven, extendido sus brazos al compás de esa Fátima, Virgen y Señora de elegante trono.

*Hay un río de soledades, el Huécar,
demasiados soliloquios en el silencio de la noche,
rugen los sonidos de la historia y
hasta en las entrañas de sus gentes
se oye el grito en cada piedra, bajo la cruz de su Cristo.*

*Es éste, barrio enhiesto en su mirada,
inmerso, subyugante, atrevido, el que nos llama
para pregonar su encanto, para releer su historia,
porque en el Pregón que se diga,
no hay duda ni desencanto,
hay vida y amor, devoción y fe, bajo su cruz en Cristo
y un poco más arriba,*

Fátima Virgen alza su manto.

Pero los tiempos pasan y entre sus angosturas, bajo el cancel de su portón sublime, al hilo del canto de sus gorriones que buscan anidar entre el paseo del Huécar, tierra de Tiradores, los de abajo y los más altos, se encuentran sus gentes, humildes porque así lo dice la historia, honradas porque han dado muestra de ello, sentidas por su generosidad al hilo de quien aquí llega, soñadores de un futuro que encierra su bella Corte de Honor, Reina y señora Damas hermosas de este lugar, más cerca de cada paso, entre las rejas de su iglesia, al lado de ese Colegio abalconado, en plaza de empinada alma, junto a ese siempre llamado Barranco, centro neurálgico y señero de esta barriada, porque todo tiene su vida, tanto aquella que cuentan como la presente, la menos contada que ahora vive más llena de inquietudes que de convivencia y la siempre más contada porque escrita está en las páginas de la historia. Todo es canto de alegría. Canto de Fiesta.

Por eso, amigos, todo pregón que se precie debe airear el entorno cantando las excelencias de su gente y parte de su historia vivida y en ello está, el profundizar con sentimiento en el orgullo de sus gentes: vosotros, herederos de los primeros luchadores que tuvieron que sacar ese “pan de las piedras” para crear estirpe, familia, futuro. Entre la calle A y la calle D, convive la C y la B, pero en ese aletear alfabético, se cruzan ilusiones compartidas, vivencias revividas, sentimientos encontrados. Antaño, un judío podía ascender con su borrico hacia la ladera del cerro, cargado de esparto, metal o paño, encontrarse por el camino a un cristiano viejo y compartir inquietudes del vivir de cada día en plena armonía y sosiego; unos siglos más tarde, mientras la lana traída de la alta Sierra era lavada y tintada en esos aledaños de la calle Tintes y al bies de su río Huécar, algunos de esos sufridos habitantes del arrabal ejercían de tiradores de esas trenzas laneras para escurrir el agua de sus bucles racimados, ¿tal vez de ahí el nombre de estas barriadas?. Pasarían siglos y el Cristo, nuestro Cristo esclavo del sufrimiento, seguiría bendiciendo desde su estrado a cada gente aquí llegada.

Antes y ahora, ¡Qué más dai bajo la aurora de la mañana, al hilo del mediodía, buscando la noche en su atardecer, porque en su encanto está la vida, en su semblanza sigue el camino y entre añoranza, recuerdo, sueño, siente este Cristo, Cristo querido, el amparo de cada vecino.

El niño ríe, corre, se eleva, calle arriba y calle abajo. El padre espera, se sienta en esos muros, bisel de escalerillas de su iglesia, recordando aquellas riadas que descendían desde la ladera camino angosto de esos puentecillos al Huécar. ¡Qué tiempos aquellos, Dios mío! diría el tío Jesús, turbero de tradición y hortelano de obligación. En su ascenso obligado, burrillo al ristre, se encontraba a la Pepa en su murillo, liaba el cuarteron tan deseado y camino de la era de Patiño se encontraba con Palomo que ya había cumplido su cometido y ansioso bajaba en la busca del buen vino del bar de Antonio, cerca del puente.

Todo pasa y todo queda. Porque allí en lo alto, mientras te miraba Mangana, todos los mozalbetes, traviesos y tranquilotes, maniataban su alegría dando las patadas cortas al juego de la pelota, mientras los más atrevidos hurgaban en el serón, rebuscaban el melón en la rotonda del Grupo o apreciaban las arzollas en el Quinto o en el Puntal.

Es curioso el desencanto, es vivencia nuestra vida, es recuerdo y añoranza. Eran sentimientos de buena armonía, sin envidia como ahora, y en aquella sentida pobreza vivía la amistad y complacencia. Todos eran una piña, en el juego y en la escuela. Jugar en el Barranco al potreo, al bote como los Ayllones, al rescate, al tejo o a aquel poker con baraja erotizada daba ilusión sin remedio, rebuscando escondrijos, bajo el túnel entre ríos, encerrados en el misterio de la cueva del tío Serafín con tesoros de buenos tiempos de moros rebuscados por algunos, tal cual Kike el sartén susurraba, atrevido y taciturno, mientras juntos, camino arriba y camino abajo,

se hacían excursiones en bellos jueves larderos al Fortín, Cerro Socorro o la adorada fuente del Canto.

Allí, arriba y abajo, bien se juntaban Felo, Joselete, el Huevero, Paco el lechero, Arana, Quique el Chatuzo, Pepe el cabezón, Azcoitia, Luis el zocato, el Kubala, el Patatas, los Cabrerejos, Zafra, El Chafri, Bascuñana, Serrano, Miguelín y alguno que quizás me deje, todos en grupo, bien avenida, travesura fiel y anécdota al canto. ¡Qué buenos tiempos! Amigos entonces, amigos ahora, herederos del Cristo, monaguillos de vinajera, alumnos sumisos de capón de D. Santiago, o aquellas charlas morales del bueno de Basiliso a quienes bien llamaba: "aquí están mis jabalines". Armonía, juego, diversión, inquietudes, anécdotas, juegos, ilusiones, todo compartido como ejemplo de un deseo: la amistad como bandera y vida honesta para cualquiera.

Otros tiempos sucedieron. Eran otros, ni mejores ni peores, otros y no hay cuenta de su sosiego.

Airar el desencanto no trae a buenas razones pero recordar el tiempo alegre los corazones. Por eso, llega igual que llegaba aquella fecha, la más esperada y al toque de campana sale la Virgen, reina el silencio y el Cristo aclama. Es fiesta, es vida, es sentimiento. En el recuerdo, aquellas procesiones del Vía Crucis en lunes santo son ahora parte de nuestra historia, pero la Virgen, San Juan y el Cristo siguen su paso y desde la aurora en ese gran día, rasga su manto rosado al hilo de buenos cánticos, y en su devota concepción plena rocía de gracias a cada uno, calle por calle, cuesta empinada, esquina abierta en amor desinteresado y esperanza pura. Es nuestra Virgen, es nuestra Madre.

La fiesta seguía a media mañana, la reja coloreaba con flor mayera, el balcón colgaba su colcha bordada, la Sixta engalanaba bien cada acera, en la tienda de Tino o la de Isidro todos miraban el paso alegre y al lado del río, La María ofrecía el churro obligado en corrillos formados con traje de gala, José el sacristán, la María, el Chuchi, Félix, la Nati y Canito sin dejar de lado a Ebujedo el hombre, pastor al canto, liador de caldos y chascarrillos sanos.

Los tiempos pasan, pero la fiesta sigue, sigue su marcha. Son otros tiempos, igual que sale también se llega.

Pasado el tiempo, lo mismo que antes igual que ahora, la comitiva vuelve, retorna a su casa, cruza la Puerta, estrecha la calma en callejón angosto, aquél en que doña Ascensión bien engalanaba con alfombra florida al son de buena campanada, cruza el umbral, aviva el esfuerzo, siente su alma, todos a una, la Virgen clama, el Cristo suplica y en la plazuela, cohetes de fuego, astillas de plata, pólvora celeste, eleva y limita en cúpula admirada.

El baile se anima, la cuesta se estira, la música suena en ese tablao que año tras año, Pimpin ofrecía, y es en conjunto porque los tiempos ya cambian, al eco de solfa, la misma que antaño el Husmo sonaba, acordeón al hombro, mientras Angelito y también Jelepete, cantaban el mayo, al fondo en espera todos aplaudían, los Pimentoneros, Patacos, Cortezas, familias de antaño, de siempre y de ahora, el Tata querido, Pocholo, la Merce, Pocholete y Maru, todos bien amigos, todos se querían porque ese era el barrio que ejemplo tenía.

Fiesta del Cristo, fiesta sentida, la misma de siempre, año tras año. No hay mejor mujer que la del Cristo decía el refrán y en ello está, pues admiremos el encanto de una corte de honor que bien la representa: su Reina Elena Eslava.

La calma ha pasado, el alborozo se aprieta. La espadaña antigua de nuestra iglesia, recogida, misteriosa, sentida, mística, se yergue altiva ante sus otras torres de una Cuenca histórica. Se eleva y se eleva, alzando su mirada frente a las otras, a San Gil, El Salvador, San Felipe y San Pedro porque sale de ella su Cristo precedido del Niño, la Virgen y el mayo. El hierro forjado que envuelve el atrio ofrece alegría al Redentor que recorrerá sus calles, ahogando el suspiro de los vecinos, devotos de siempre, antaño y ahora, para bendecir el acto, el sentimiento, el presente, la honradez y el encanto.

Ya acabo Pregón, "ya está bien dirán algunos", y no puedo dejar de lado, aplaudir con respeto tanto trabajo, tanta labor de tantos y tantos años. A D. Francisco Bermejo, al bueno de Paco, que año tras año, y van cuarenta y seis bajo esta cruz de nuestro Cristo tan añorado, un buen saludo, un buen abrazo.

Pregonero soy y pregonero hago. Pido perdón a los bien citados, apodos y nombres sin permiso dado que ha sido el cariño lo que me ha guiado.

Por eso pregono y también exijo, que os hago saber y así me digno en desear con fuerza: la sana alegría, el respeto a todos, olvidemos rencillas, apartemos rencores, soltemos amarras, licencia demos a hijos e hijas, seamos espléndidos, compremos las chuches, bebamos los tintos, chupitos y birras, arrimemos el ascua, cantemos el himno, pidamos perdón, seamos sinceros, apartemos envidias, bailar y bailemos en cuesta o en llano, que siga la fiesta en sana armonía y el Cristo bendiga cada sintonía.

Si así se cumpliera que nuestro Amparo bien se tuviera y que nuestra Virgen nos bendijera, pues que sea el Cristo el que nos infunda las mejores fiestas, salud para todos, amistad y riqueza.



¡Vivan los Tiradores!

¡Viva Cuenca!

¡Viva nuestro Cristo del Amparo!

¡Viva y Viva!

Felices Fiestas y muchas gracias.

Miguel Romero Sáiz

Escritor y amigo.

25 Mayo 2006.